

Las manos que plantaron mis casa

Las manos que plantaron mi casa

© 2026 Helimir E. López

Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio 2026

ISBN: 978-980-18-8943-4

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida sin autorización previa del autor.

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.

Publicado por Helimir E. López

novelasdeterror.com

Hecho en Venezuela

Las manos que plantaron mis casa

Dedicatoria

A mi madre, que me enseñó que algunas heridas no se heredan:
se trasplantan.

Y a los que aún tienen tierra bajo las uñas.

No están solos.

Prólogo

Cuaderno de campo #47 — Propiedad de Ignacio Linares.

12 de marzo de 1984.

Hoy nació Mateo.

Su madre no quiso saber nada del frasco. Dijo que yo estaba loco, que la tierra no se come a los vivos, que todo esto era brujería de campesino analfabeto. Le mostré las marcas en mis manos. Las que me dejó la Podredumbre Original cuando acepté el trato. No le importó. Me llamó asesino. Como si yo hubiera matado a alguien. Como si la muerte no fuera un trasplante.

Las enterré igual. Todas.

Cuando ella dormía en la clínica, fui al jardín. Llevaba el frasco de vidrio soplado, el que guardo desde que supe que iba a ser abuelo. Dentro: un trozo de placenta que robé de la sala de partos. Y un pelo. No el del niño. El de ella. La madre siempre es la primera semilla, aunque no lo sepa.

Cavé junto al rosal de los dientes. Ese rosal no da rosas.

Las manos que plantaron mis casa

Da muelas. Las muelas de todos los que intentaron huir de esta casa y volvieron porque la tierra los llamaba por su nombre de pila.

Entierro el frasco. Tapo. Riego con agua de lluvia guardada desde el último eclipse.

Ahora toca esperar.

Si la tierra lo acepta, Mateo florecerá cuando sea su hora. Las flores olerán a su madre muerta, y él sabrá que el jardín lo reconoce como carne suya. Si la tierra lo rechaza, el frasco se pudrirá y las raíces lo expulsarán como a un cálculo renal. Eso significa que Mateo no es de los nuestros. Que puede irse. Que la casa lo dejará ir.

Pero si la tierra lo guarda con cariño... si las flores crecen sanas y huelen a podredumbre dulce... entonces Mateo tendrá que volver. Y cuando vuelva, tendré que enseñarle a podar. O él me podará a mí.

Anoche soñé con el pozo. Me dijo: *"Ya casi no te necesito, viejo. El niño tiene tus manos."*

Las manos que plantaron mis casa

Me desperté con tierra en la boca. Sabía a leche cortada y
a raíz de lirio.

Mateo no sabe que hoy lo planté. Cree que nació. Pero nadie
nace. Todos somos plantados en algún lado. La diferencia es si
la tierra nos quiere o nos deja crecer torcidos para que otros nos
coman.

Anoto aquí, para cuando él encuentre este cuaderno: si estás
leyendo esto, ya cavaste. Ya viste tu nombre. Ya oliste las flores.
No tengas miedo. El miedo es la poda que hace más fuerte al
árbol. Si tienes miedo, es que la tierra ya te está haciendo suyo.

Bienvenido al jardín, Mateo.

Bienvenido a casa.

— I.L.

*Postdata: El rosal de los dientes tiene un diente nuevo. Pequeño, de leche.
Debe ser del niño que murió en el parto de la vecina. La tierra siempre
encuentra cómo alimentarse.*

Antes de comenzar

Mateo hereda la casa de sus abuelos en el campo. No la visita desde niño. No quería volver. Pero la muerte de su madre lo obliga a enfrentar el pasado que ella siempre le prohibió mirar.

Al llegar, descubre que el jardín está cubierto de flores que no reconoce. Flores que no deberían crecer en esa región. Flores que huelen a carne podrida. Al arrancar una, encuentra un frasco de vidrio con su nombre. Fechado el día que nació. Sigue cavando. Hay más frascos. Cada uno con un nombre de su familia. Cada uno enterrado en el momento exacto de su muerte.

Su abuelo no era jardinero. Era algo peor.

Y la tierra de esa casa no es tierra. Es otra cosa. Una herida antigua que respira, que recuerda, que exige nombres para calmar su hambre. Mateo tendrá que decidir: huir como hizo su madre, o bajar al pozo y enfrentar el corazón podrido de su propia sangre.

Bienvenido al jardín. La tierra ya tiene tu nombre.

Índice

Portada	i
Página de créditos	ii
Dedicatoria	iii
Prólogo	iv
Antes de comenzar	vii
Índice	viii
Parte I – La poda	
Capítulo Uno: La llave no gira	1
Capítulo Dos : Flores que no huelen a flores	9
Capítulo Tres: Nomenclatura	19
Capítulo Cuatro: El cuaderno de los nombres	28
Capítulo Cinco: La noche de las raíces	37
Parte II – El abono	
Capítulo Seis: Cartas que nunca enviaron	54
Capítulo Siete: La tierra respira	69
Capítulo Ocho: Lo que mi madre sabía	83
Capítulo Nueve: Podador de huesos	93
Capítulo Diez: El frasco vacío	106

Las manos que plantaron mis casa

Parte III - Brotes

Capítulo Once: La oferta	119
Capítulo Doce: Dos jardineros	129
Capítulo Trece: El pozo de los nombres	142
Capítulo Catorce: La poda final	155
Epílogo	169
Agradecimientos	177
Sobre el autor	178

Las manos que plantaron mi casa

Parte I – La poda

Capítulo Uno

La llave no gira

Llegué un martes. Los martes siempre me han parecido días sin personalidad, pero ese en particular tenía algo de difunto: el sol pegaba como si quisiera cobrar venganza, y el camino de tierra hasta la casa estaba cubierto de una hierba amarilla que nunca había visto. En mi infancia, ese camino era caliche y piedras. Ahora parecía una lengua.

La casa se veía igual que en las fotos. Igual que en mis pesadillas, aunque nunca le habría dicho eso a mi madre. Paredes blancas desconchadas, tejas de barro oscurecidas por el musgo, un alero que se vencía ligeramente hacia el lado del pozo. Y el jardín.

Dios, el jardín.

Desde la reja ya se veía: no era el jardín que recordaba. Mi abuela tenía rosales ordenados, un limonero que daba frutas amargas, y una parra de uvas que nunca maduraban del todo. Eso era lo que yo guardaba en la memoria. Pero aquello era otra cosa. Un mar de flores. Altas algunas, hasta mi cintura. Rastreras otras, cubriendo el suelo como una piel. Colores que no sabría

Las manos que plantaron mi casa

nombrar: un violeta que casi era negro, un rojo que parecía sangre seca, un blanco tan puro que dolía mirarlo.

No reconocí ninguna especie.

Y eso que soy arquitecto, no botánico, pero uno crece en ciudad y sabe distinguir un geranio de una petunia. Aquello no era geranio ni petunia ni nada que hubiera visto en ningún vivero. Los pétalos tenían una textura rara, como de papel mojado, y los tallos eran demasiado gruesos para el tamaño de las flores. Algunas tenían espinas. Otras tenían algo peor: pequeños bultos que se movían.

Apreté la llave en la palma. Mi madre me la había dado antes de morir, junto con un sobre que decía "Para cuando decidas volver". Nunca abrí el sobre. Lo metí en un cajón y prometí que lo haría después del funeral. Después no llegó nunca, y ahora la llave estaba en mi mano, y el sobre seguía cerrado en mi departamento a cuatro horas de aquí.

Llegué a la puerta principal. La madera estaba intacta, sin señales de vandalismo, lo cual era raro en una casa abandonada por doce años. El pomo era de bronce, el mismo que mi abuelo lustraba los domingos con una gamuza que olía a cera de abejas. Metí la llave.

Las manos que plantaron mi casa

No giró.

La saqué. La limpié con el pulgar. La volví a meter. Nada. La cerradura no estaba oxidada; se sentía nueva, lubricada, como si alguien la hubiera cambiado hace poco. Toqué la chapa. Era de acero inoxidable, marca moderna. Eso no era de la casa.

Me asomé por la ventana de la cocina. El vidrio estaba empañado, pero alcancé a ver los muebles: la misma mesa de pino, las mismas sillas cojas, el mismo fogón a leña que mi abuela encendía aunque hiciera cuarenta grados a la sombra. Pero en el centro de la mesa había un jarrón con flores frescas. Las mismas del jardín.

Alguien había entrado.

Alguien seguía entrando.

Di la vuelta a la casa buscando otra entrada. Las ventanas traseras estaban selladas con tablones nuevos, clavados desde adentro. La puerta del sótano, que daba al patio de tierra donde mi abuelo guardaba las herramientas, tenía un candado que reconocí: era el mismo de mi infancia, el que yo rompía para robar galletas. Estaba cerrado con una cadena oxidada, pero la

Las manos que plantaron mi casa

cadena no estaba tensa. Alguien la había abierto y vuelto a cerrar sin apretar.

Empujé. La cadena cedió lo justo para que mi brazo pasara por la abertura. Toqué el candado. Estaba frío. Muy frío, como si acabaran de sacarlo de un congelador. En julio. Con treinta y cinco grados.

Algo me dijo que no forzara. Alguien. Una voz que no era mía, que llegó desde atrás de mi nuca y se instaló en mi oído interno: No entres por ahí. Las raíces te agarran de los tobillos.

Me obligué a ignorarla. Empujé más fuerte. La cadena crujió, el candado golpeó la pared, y la puerta del sótano se abrió con un gemido de bisagras que sonó demasiado humano.

Olí la tierra.

No la tierra húmeda de los jardines, no la arcilla que huele a lluvia. Olí la tierra que está debajo de la tierra, la que nunca ve el sol, la que guarda los cuerpos. Olí a mi madre. Olí a mi padre. Olí a mi abuela, a quien nunca conocí pero cuyo perfume reconocí igual: jazmín y formol.

Encendí la linterna del celular. La batería estaba en 43%, pero la pantalla parpadeó como si fuera a morir. El sótano era más grande de lo que recordaba. Mucho más grande. Las paredes no eran de piedra, como en mi memoria, sino de tierra compactada, llena de raíces que colgaban del techo como arañas muertas. El piso era tierra suelta, negra, grasienta.

Di tres pasos. A los tres pasos, mis zapatos se hundieron hasta los tobillos.

No caminé más. Algo me decía que si seguía, no iba a encontrar el sótano. Iba a encontrar otra cosa. Iba a encontrar el pozo.

Salí. Cerré la puerta. Volví a poner la cadena como estaba, aunque no recordaba exactamente cómo. Me temblaban las manos. No era miedo. Era otra cosa. Era el mismo cosquilleo que sentía de niño cuando mi abuelo me llevaba al jardín y me decía: "Toca la tierra, Mateo. La tierra te está esperando."

Me sequé el sudor de la frente. Mis dedos olían a jazmín y formol.

Volví a la puerta principal. No sé por qué lo hice, pero probé la llave otra vez. Esta vez giró. Sin resistencia. Como si la casa

Las manos que plantaron mi casa

hubiera estado esperando que entrara por el sótano primero, que oliera la tierra, que recordara.

Entré.

El interior estaba impecable. No una mota de polvo. Los muebles brillaban, el piso de baldosas rojas estaba recién trapeado, y en la cocina había una olla con sopa caliente. Revisé la hornilla. Estaba apagada, pero la sopa hervía. El vapor dibujaba figuras en el aire.

Miré el jarrón de la mesa. Las flores eran iguales a las del jardín, pero estas tenían una particularidad: sus pétalos se abrían y cerraban lentamente, como si respiraran. Me acerqué. Olí.

Carne podrida. Exactamente eso. Pero debajo de ese olor, algo dulce. Algo que no pude identificar hasta que lo relacioné con la sopa: la sopa olía a lo mismo. A carne podrida y a algo dulce. A jazmín y formol.

No me serví un plato. Nadie en su sano juicio se serviría un plato. Pero cogí una cuchara del escurridor. Estaba seca, limpia, recién lavada. La metí en la olla. Un solo sorbo. El caldo era espeso, casi gelatinoso. Lo llevé a mis labios.

Las manos que plantaron mi casa

Sabor a tierra. A la tierra del sótano. A la tierra que olía a mi madre muerta.

Escupí en el fregadero. La cuchara cayó al suelo con un sonido metálico que resonó en toda la casa. Me sequé la boca con el dorso de la mano. Mis labios quemaban.

En la pared, frente a mí, colgaba el reloj de péndulo que mi abuelo reparaba cada año. Las manecillas marcaban las 3:14. Pero las manecillas no eran metálicas. Eran raíces. Raíces delgadas, retorcidas, que crecían desde el centro del reloj hacia los números. El péndulo era una flor seca.

Miré mi teléfono. Eran las 3:14 de la tarde.

El reloj llevaba doce años parado.

Esa noche no dormí. Me quedé en el sillón del living, viendo las flores del jarrón respirar, oyendo la sopa hervir sola en la olla, sintiendo la tierra del sótano llamarme por un nombre que no era del todo mío.

Alrededor de las 3 de la madrugada, el jardín entero emitió un suspiro.

Las manos que plantaron mi casa

No una exhalación de viento. Un suspiro. Largo, hondo, como de alguien que ha estado conteniendo la respiración durante años.

Me asomé por la ventana. La luna llena iluminaba las flores. Todas habían cerrado sus pétalos. Todas menos una. Una flor blanca, enorme, en el centro exacto del jardín, justo donde mi abuelo tenía el rosal de los dientes.

Esa flor me miraba.

No tenía ojos. Pero me miraba.

Y su olor a carne podrida llegó hasta mi ventana, y por un momento, por un momento horrible y hermoso, quise caminar descalzo sobre la tierra. Quise cavar con mis uñas. Quise saber qué había debajo de esa flor.

Quise ser plantado. Me alejé de la ventana.

Cerré las cortinas.

Me senté en el sillón, apretando la llave contra el pecho, y esperé a que amaneciera mientras la casa respiraba a mi alrededor como un animal viejo que acaba de reconocer a su cría.